

RECUERDO DEL PADRE PABLO SAENZ

23.01.1926 – 16.03.2021

Martín De Elizalde, OSB¹

Eran muchas las personas que acudían a la abadía de San Benito para consultar al Padre Pablo Saenz y recibir su consejo, tanto sacerdotes y religiosos como también laicos. Su fallecimiento ha puesto de manifiesto cómo su presencia y acompañamiento eran valorados y buscados por muchos. Para todos ellos, su palabra serena, arraigada en la experiencia de Dios y expresada con sencillez, fortalecía su fe y orientaba en la vida. Y lo hacía dejando siempre un margen muy significativo de libertad, para que cada uno hiciera suyo el mensaje de conversión que transmitía y que proponía como un verdadero itinerario a seguir, con fidelidad y constancia. No era la suya una “dirección espiritual”, pues nunca hubiera imaginado que quienes lo escuchaban debían llegar al encuentro con Dios de la manera que él señalara. Más bien lograba transmitir el “sabor de las cosas divinas”, y por eso acudían a él desde diferentes horizontes de vida, de vocaciones distintas; su experiencia espiritual se vertía en palabras que alentaban a lo esencial y hacían entrever la paz que se encuentra en Dios. Semejante actitud, con la virtud de la escucha, el respeto por el otro, la simplicidad de los consejos, procedía de una espiritualidad que se encuentra en la escuela de la *Regla* benedictina, y que sin formalismos ni ideologías, se dirige más directamente a la meta, que es la “búsqueda de Dios”, ir a su encuentro. La tradición espiritual de la *Regla* llegó por su medio a muchas personas, y sin pretender imponer una identificación en lo exterior, contribuía a la verdadera edificación para una vida profunda de fe, con la frecuentación de las Escrituras, la práctica de la oración y el ejercicio de las virtudes, en el estado y vocación propios. Ese es su legado.

1 Obispo emérito de 9 de Julio, y Abad emérito de la Abadía San Benito, de Luján (Pcia. de Buenos Aires, Argentina).

El Padre Pablo vivía con entrega su vocación monástica, que abrazó joven y que sostuvo con generosidad y perseverancia. Su aporte a muchas almas está, decíamos, marcada por su vida monástica, y esto se realizó, con idéntica discreción y sencillez, a lo largo de su vida, en su participación en la comunidad que lo recibió y en sus iniciativas y acciones en una etapa muy importante para el conjunto de nuestros monasterios del Cono Sur.

Los pasos en la vida monástica

Se ha señalado el vínculo de su familia, por su padre, el doctor Carlos Alberto Saenz, con la comunidad benedictina de San Benito. Las celebraciones litúrgicas del monasterio, frecuentadas en familia, fueron un aporte muy significativo para la siembra espiritual y la consolidación de la formación renovada de los fieles, en los años tan ricos que vieron el Congreso Eucarístico Internacional de 1934, la fundación de los Cursos de Cultura Católica, la institución de la Acción Católica, los comienzos de las iniciativas catequísticas entre nosotros. La vocación monástica del Padre Pablo, abrazada con una decisión muy firme, expresaba, en la fidelidad a los principios de la *Santa Regla*, la valoración y la aplicación de este clima en el cuadro general de una Iglesia viva. El ingreso en la abadía del Niño Dios, Victoria, –con las condiciones que la distinguían: austeridad, oración, trabajo, con formadores como el Padre Abad Laborde y los monjes fundadores venidos de Belloc–, dieron la dirección que tomaría después su vida como monje. Por ello, cuando comenzó el nuevo monasterio de El Siambón, Tucumán, se incorporó a los monjes enviados para fundar, y en la realización de la implantación en ese nuevo lugar, la construcción de los locales necesarios, la elección de los trabajos que aseguraran la subsistencia de la comunidad, su presencia y su aporte fueron decisivos, y siempre con una condición de alta calidad, tanto estética como práctica. Se hizo aquella fundación con un proyecto renovador.

Eran los años de la renovación espiritual y de los estilos de vida en uso, por la irradiación de una mirada eclesial, inspirada desde los monasterios franceses, contemporánea del impacto que significó la obra de Tomas Merton, y sostenida por el redescubrimiento de la teología patristica, de la liturgia y los escritos de los antiguos monjes, favorecida por la reflexión que acercaban muchos autores. Los años de estudio de la teología en San Anselmo de Roma fueron también ocasión para conocer mejor la tradición del monacato, realizar visitas a monasterios europeos y encontrar a las personalidades que entonces señalaban el

camino de la renovación. Estas experiencias fueron asumidas por el Padre Pablo con alegría y convicción, e inspirarían su vida personal, y constituyeron un regalo para la comunidad; ello, sin dejar de prestar la asistencia a quienes se acercaban al monasterio.

Colaboración y responsabilidades en la constitución de la Congregación benedictina del Cono Sur

Estando en El Siambón, cuando el paso del tiempo y el reclamo de nuevas situaciones se hicieron sentir de una manera que el Padre Pablo no podía compartir, tomó la determinación de solicitar la admisión en la abadía de San Benito, Buenos Aires. Para entonces ya había hecho contribuciones importantes para la renovación de nuestros monasterios, que se estaban relacionando entre ellos, con vistas a la autonomía respecto de sus casas de origen. Participó en las reuniones que se hicieron, intervino decisivamente en la fundación de *Cuadernos Monásticos*, estuvo disponible para retiros y cursos en los monasterios. En esos años, cuando se gestaba la Congregación de la Santa Cruz del Cono Sur, colaboró en los trabajos para la redacción de las nuevas Constituciones, y aunque su presencia en esos comienzos fue muy importante, su discreción puede llevarnos a dejar en el olvido su contribución. Fue consultado con frecuencia por las comunidades monásticas, también de fuera de nuestra Orden.

Padre y hermano de los monjes

Para la abadía de San Benito su llegada, junto con el P. Alberto Sarrabayrouse, también monje de El Siambón, permitió consolidar un perfil monástico que, proveniente de los orígenes fundacionales de la abadía de Santo Domingo de Silos, de la Congregación de Solesmes, los compromisos pastorales y la inserción urbana en Buenos Aires habían vuelto difícil. En 1972 se inicia el traslado de la comunidad porteña a Luján, con el afianzamiento de un género de vida centrado en la oración litúrgica, la frecuentación de los autores monásticos, el trabajo manual, la atención de la hospedería, y distintas formas de colaboración en la diócesis y en el acompañamiento de los fieles que lo solicitaban. En el monasterio ocupó cargos de responsabilidad, acompañando a los superiores; fue Subprior y Prior, Maestro de novicios, profesor en el noviciado, y contribuyó a las celebraciones litúrgicas con su conocimiento del canto gregoriano. Sobre

todo, su ejemplo, siempre sereno y discreto, abarcaba los distintos ámbitos de la vida monástica: la participación en el rezo comunitario, el trabajo manual – que con ejemplar constancia continuó hasta los últimos meses de su vida –, las relaciones fraternas, con disponibilidad para cuanto se le encargase. Durante años estuvo dirigiendo el criadero de cerdos; organizó el taller de carpintería, donde realizó varios trabajos para la casa y también atendió algunos pedidos de personas relacionadas con la comunidad. En la asistencia espiritual, además de la acogida a quienes lo solicitaban, fue confesor en comunidades religiosas, y hay que mencionar que fue confesor ordinario en la abadía de Santa Escolástica.

Pero fue en el seno de la comunidad donde sus virtudes monásticas, sostenidas por una vida de oración y afirmadas en el conocimiento y el estudio profundo de la herencia recibida, se manifestaron: la riqueza de una persona entregada a Dios y marcada por la *Regla*. Fue un ejemplo que sus hermanos de comunidad supieron apreciar, encontrando en él una acogida cordial, nunca severa, con una cortesía exquisita, que presentaba con amabilidad y simpatía, la bondad del seguimiento de Cristo en el espíritu de la *Regla* benedictina. Pero su adhesión a la vocación se manifestaba con seriedad, y vigor, atento siempre a que no se la desvirtuara, y así contribuía a mostrar la condición de unidad que debe tener siempre la vida monástica, integrando lo espiritual y lo material, lo comunitario y lo personal, con una comprensión sana y clara de la disciplina de la *Santa Regla*.

Agradecemos a Dios habernos enviado a este hermano; su recuerdo habrá de seguir inspirando a los monjes y, sobre todo, junto al Padre, intercederá por esta familia, para que busque siempre el rostro de Dios.

Mardeliz1940@gmail.com